

parte á la Madre de Chantal, rogándola con el mayor encarecimiento dejase la ciudad; y no habiendo podido persuadirla, manifestaron que se dirigirían al Duque de Saboya para que la enviase orden de salir de Annecy. Pero ¿cómo era posible pensar que la Santa cediese á tales mandatos? «¡Oh! perdonadme mi franqueza—les respondió,—no tengo valor para abandonar mi rebaño, por el cual debo estar siempre pronta á sacrificarme.»

Libre para hacer lo que quisiese, y decidida á no salir de su monasterio para nada, sucediera lo que sucediera, el primer pensamiento de la Madre de Chantal fué mirar por la Orden de que era fundadora. Escribió una carta circular dirigida sólo á las Superioras, en la cual les daba sus últimos consejos para el caso en que muriese. Viéndose—decía—rodeada por todas partes de la muerte, no sólo á causa de su avanzada edad, sino también porque la epidemia aniquilaba casi toda la pobre ciudad de Annecy, había reflexionado maduramente sobre los medios de mantener en el Instituto la unidad y la caridad. Recomendaba sobre todo la exacta observancia de las reglas sin mudar nunca ninguna cosa; la unión y la conformidad con el monasterio de Annecy; la caridad y la paz en todo su fervor. Esperaba que si seguían en la práctica de estas santas cosas, el Instituto continuaría produciendo en el mundo frutos y bendiciones iguales á las que ya había dado; «frutos y bendiciones—decía—que sólo yo sé, y son más grandes de lo que se puede imaginar.»

Esta carta, que era como su testamento, para el caso de ser atacada de la peste, debía quedar hasta entonces secreta en poder de las Superioras (1). Cumplido este primer deber, la Madre de Chantal, viéndose aislada al instante de su Orden por el cordón sanitario que rodeaba la ciudad, concentró todo su cuidado en

(1) Carta del 20 de Agosto de 1629.—En los Archivos de la Visitación de Annecy existe el ejemplar dirigido á Lyon á la Madre de Blonay.

los pobres enfermos que morían á su alrededor. Les hizo distribuir trigo, dinero y medicinas, con una generosidad igual á la miseria. Desde el mes de Septiembre había gastado en medicamentos todo el dinero que había recibido de los monasterios de la Visitación de Francia, que era respetable cantidad. En vano, para aumentar la limosna de los pobres, disminuyó la ración de las Hermanas; en vano alcanzó de éstas que no comieran más que pan basto y negro; á fines del mes el trigo faltó del todo. Felizmente, Dios, que es rico en misericordia y no se deja vencer en generosidad, no abandonó á sus siervas, que se habían empobrecido por Él, y llenó por sí mismo sus arcas exhaustas. La Madre de Chantal—dicen las antiguas *Memorias*—viendo la miseria de los pobres, les hizo dar una parte del trigo de nuestra provisión, de tal modo, que en el mes de Septiembre no había trigo, ni un cuarto para comprarlo. Pero uno de los capellanes de nuestro Obispo nos compró doce medidas que mandó moler; y con estas doce medidas se llenó un arca en que cabían más de diez y seis, continuando Dios en bendecirlas de tal modo, que duraron hasta que tuvimos otras; es decir, que nos bastaron para seis ó siete semanas más de lo que hubieran durado en tiempo normal. Y no obstante, además de la comunidad, que era muy numerosa, se repartía diariamente una gran cantidad á los pobres, para los cuales se hacía una hornada todas las semanas. Lo mismo sucedió con la provisión del vino, lo cual fué especialmente notado por nuestra querida Hermana María Ana Devosery, que entonces era provisoras, y que nos ha repetido muchas veces, que como vió tan sensiblemente esta providencia de Dios, se acordaba siempre de ello con particular respeto y reconocimiento á la divina bondad» (1).

(1) *Anales manuscritos de la Visitación de Annecy*, manuscrito en 4.º (Archivos de Annecy.)

Al mismo tiempo que distribuía así á los pobres, sin contarle, todo el trigo y dinero que poseía, la Madre de Chantal, obligada por las inviolables leyes de la clausura á no visitar á los enfermos, procuraba buscar quien los sirviese. Con sus palabras ardientes de celo y caridad, inflamó el corazón del Ilmo. Sr. Obispo Juan Francisco de Sales y de varios sacerdotes, manteniéndolos por más de diez meses en medio de los muertos y moribundos, sirviéndoles de ángeles consoladores. En el locutorio de la Visitación, oyendo á nuestra Santa, fué como el Sr. Héctor de Fesigny, primer síndico de la ciudad, y algunos generosos vecinos, se llenaron de valor para desafiar al azote, consagrándose al servicio de los moribundos. Todos los monumentos contemporáneos están acordes sobre este punto. «Las palabras inflamadas de esta gran Santa—escribía el primer síndico de la ciudad—me llenaban de entusiasmo.» Y añade: «Me dió casi dos docenas de Agnus, asegurándome que todos los que los llevaran no morirían de la peste. Los distribuí á cuantos amigos míos estaban continuamente entre los apestados, contándoles lo que me había dicho la Madre de Chantal. Nuestra confianza fué plenamente justificada por el acontecimiento. Ellos y yo hemos sido preservados felizmente (1).»

«¡Oh mi digna Madre—decía igualmente el Ilmo. Señor Juan Francisco de Sales, vos sois mi Moisés, y yo soy vuestro Josué. Mientras que vos levantáis vuestras manos hacia el cielo, yo peleo con vuestras gentes, combatiendo contra la calamidad que pesa sobre nuestros pueblos.»

Si la Madre de Chantal inflamaba así á las almas que estaban distantes de ella, y sobre las cuales no ejercía más que una pequeña influencia, ¿qué no haría con sus

(1) *Proceso de canonización.* Declaración del Sr. Héctor de Fesigny, primer síndico de Annecy.

Hijas, viviendo con ellas día y noche? Ciertamente, era cosa admirable contemplar, en medio de aquel foco de infección, frente á frente de una muerte inminente y horrible, que ponía en fuga á los más valientes, la paz y serenidad de las Hijas de la Madre de Chantal. Sus ejercicios no se interrumpieron ni un minuto; se oía, en medio del triste silencio de la ciudad, el sonido dulce de su campana, con la misma regularidad y exactitud que antes, y detrás de sus rejas se oía también su canto pausado y devoto. «He visto siempre á nuestras Hermanas—escribe la Madre de Chantal—con su tranquilidad ordinaria, sin haber observado nunca en la comunidad espanto, turbación ó temor, si no que han seguido exactamente y sin omisión ninguna los ejercicios ordinarios de nuestra vida, con su paz y alegría acostumbradas.» Y continúa: «Aunque por dos ó tres veces se creyó con fundamento que la enfermedad había penetrado en el monasterio, no he visto, sin embargo, ni espanto ni miedo en nuestras Hermanas; sino que, por el contrario, tomaban tranquila y alegremente sus pequeños preservativos, poniéndose en disposición de hacer el gran viaje de la eternidad, como se nos había prevenido, porque estábamos resueltas á no exponer á nuestro virtuoso y buen confesor. Y si alguna hubiera tenido necesidad de confesarse, la hubiera oído, pero desde lejos; y para darle la Sagrada Comunión, hubiera puesto el Santísimo Sacramento entre dos rebanaditas de pan, le hubiera colocado en el lugar dispuesto para esto, y la que servía á las enfermas hubiera ido á tomarle lo más respetuosamente posible, porque de este modo se dan los Sacramentos á los apestados en este país.»

Tal era la paz de que gozaba el monasterio durante este tiempo en que no había visitas, ni locutorios, ni aun cartas, que la Santa Madre aseguraba que, si no hubiera sido porque el pobre pueblo sufría, hubiera querido que durase siempre este tiempo, porque nunca ha-

bía pasado una temporada igual desde que era religiosa (1). Pero como el pueblo sufría cruelmente, la bienaventurada no dejaba de orar, de llorar y de gemir, para alcanzar de Dios cesase el azote. Además de las oraciones extraordinarias, todos los días había Hermanas que ayunaban á pan y agua, que se imponían penitencias públicas en el refectorio, y tomaban la disciplina, aún de sangre, en sus celdas. Casi todos los días también hacían las Hermanas procesiones por el claustro, con los pies descalzos y una soga al cuello, parándose en todos los oratorios, orando y llorando por los pecados del pueblo; y en seguida, todas juntas se daban una fuerte disciplina durante un *Miserere*. Las Hermanas que fueron testigos de todo esto, dicen que es imposible imaginar lo que era la Madre de Chantal en estas circunstancias. Con el rostro triste é inflamado al mismo tiempo, con los ojos bañados de lágrimas, arrastrándose de rodillas por el suelo con la cuerda al cuello, exclamaba: «¡Piedad! ¡piedad, Dios mío! ¡Perdonad á los pobres pecadores!»

La peste cedió, en fin, á ruegos tan ardientes, y cesó en la ciudad, habiendo durado cerca de un año. Poco á poco desapareció de Saboya, de Francia y aun de Italia; y hacia el fin de 1631 no se ensañaba sino en algunos pocos lugares, y aun en estos era benigna.

Durante las largas horas empleadas por la Madre de Chantal en orar, llorar é inmolarse por el pueblo que la peste destrozaba, fué cuando esta gran Santa sintió renovarse en su corazón, punzante más que nunca, un sentimiento que hasta entonces nada había podido disminuir. Este sentimiento en el cual—dice—no se quería fijar, porque la enternecía demasiado, era no ver en

(1) Carta de las Hermanas de la Visitación de Annecy á las del primer monasterio de Lyon, del 11 de Febrero de 1630. El original de esta carta está en los Archivos de Annecy. Véase también una carta de la Madre de Blonay, del 30 de Julio de 1629.

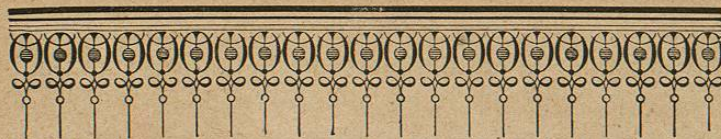
ninguna parte religiosas á la cabecera del lecho de los moribundos. Veinte años antes, al dejar el mundo, que había edificado, sobre todo con su heroica caridad, había tenido la sublime inspiración de llenar este vacío, y en su pensamiento primitivo la *Visitación* debía ser una escuela de abnegación, donde se aprendiera á *visitar*, cuidar, consolar y servir á los pobres. Obligada á pensar suyo á renunciar á esta idea, concebida muy pronto, y por esta razón no comprendida ni adoptada, hacía veinte años que miraba á su alrededor para ver si había alguien que, comprendiendo esta gran necesidad del siglo y de la Iglesia, tratase de satisfacerla. ¡Vana esperanza! Nadie parecía. Se veían aquí y allá, en medio de ciudades apestadas, sacerdotes que morían heroicamente; religiosos que se exponían á todos los peligros por administrar los Santos Sacramentos á los moribundos; se veían también seglares, señoras animadas de santo valor, que les servían con sus propias manos; pero vírgenes consagradas á Dios, que hiciesen ver la religión y la caridad á la cabecera de los enfermos, no se veían en ninguna parte. Impenetrables rejas ocultaban á todos los ojos, separándolas absolutamente del mundo, á religiosas en cuyos corazones generosos vivía, sin embargo, este ardiente heroísmo.

En 1619, y sobre todo en 1628, durante las dos pestes que tantos estragos hicieron en Francia, es decir, en las dos épocas en que la Santa sufrió más no viendo á las religiosas asistiendo á los enfermos, estaba en París, al lado puede decirse de San Vicente de Paúl, á quien veía todos los días. ¡Cuántas veces desahogaría su dolor en esta alma tan grande y tan digna de comprenderla! ¡Cuántas veces debió hablarle del pobre pueblo paciente y abandonado, del plan primitivo de la *Visitación*, de lo necesario que sería volver á él y de la facilidad con que podría ponerse en práctica! Y como San Vicente de Paúl era muy prudente y la santa Ma-

dre de Chantal muy vehemente, ¡con qué términos tan inflamados le hablaría, sobre todo en la segunda peste, para aguijonear su celo y excitar su caridad! San Vicente de Paúl se decidió al fin, y puso manos á la obra hacia 1634, es decir, al cesar este grande azote, cuya historia acabamos de referir. Veinte años habían madurado la idea de la Madre de Chantal; dos epidemias, una tras otra, acabaron de hacerla popular. Cuando la puso en práctica San Vicente de Paúl, ya no encontró obstáculos; y pocas instituciones han dado nunca más gloria á su autor y honrado más á la Iglesia, aun á los ojos de sus enemigos, que el hermoso Instituto de las Hijas de la Caridad. Pero humilde siempre en medio del éxito feliz de sus empresas, San Vicente de Paúl no cesaba de decir que la primera idea de este Instituto no le pertenecía; que se debía á la fundadora de la Visitación; y hablando á sus Hijas de la Congregación naciente, le gustaba darle un nombre característico: la llamaba *la herencia de la señora de Chantal* (1).

Así, en su vejez, nuestra gran Santa tuvo la felicidad de ver crecer el árbol que había querido plantar en su juventud. Vivió bastante tiempo para percibir sus primeros perfumes, gustar sus frutos y entrever su magnífico desarrollo. Y si alguna vez le vino el pensamiento de que este hermoso árbol había sido plantado por otras manos que las suyas, creo que para un alma tan humilde, debió de ser una dicha y un consuelo más.

(1) *San Vicente de Paúl, su vida, su tiempo, sus obras, etc.*, por el señor Abate Maynard, 4 vols. en 8.º, París, 1860.



CAPÍTULO XXVI

La venerable Madre de Chantal trabaja activamente en la canonización de San Francisco de Sales. — Publicación general de sus escritos.—Reconocimiento de su sepulcro.

1630—1632

Poco ha oíamos decir á la Madre de Chantal que si la peste no hiciese sufrir al pueblo, hubiera deseado que este tiempo durase siempre, porque no había tenido una temporada igual desde que había entrado en la religión. Esta alma tan amante de la soledad y del silencio, que todo lo había dejado para vivir oculta á la sombra de los altares, y que hacía veinte años se veía condenada á perpetuos viajes, abrumada por una numerosa correspondencia de todos los puntos de Europa, y cargada de negocios más que mujer alguna en el mundo, acaba, por último, de tener algunos momentos de tranquilidad. Las visitas, los locutorios habían cesado casi enteramente durante la peste; las cartas eran muy raras, las fundaciones y los viajes imposibles. Entre las obras inmensas que habían llenado el primer período de su vida religiosa, y las más admirables aún que santificarán el segundo, concede Dios á su sierva una hora de descanso, pero es la única de que gozará en su larga vida esta obrera infatigable.

Cualquiera otra no hubiera considerado como descanso esta parada de un día, en medio de una ciudad